



Latinoamérica después del 11 de Septiembre

Carlos Solchaga Catalán

Consultor internacional. Ex ministro de Economía y Hacienda

Gracias por las palabras de presentación. El listado de cargos que acaban de escuchar demuestra que uno ha nacido en el 44 y que tiene una edad, no diría que propecta, pero sí claramente avanzada.

Gracias, de verdad, por tus palabras amables. Siempre he tratado de ser franco y claro en mi discurso político, sabedor de que lo que uno decía o el mensaje que uno enviaba podía no ser acogido con benevolencia ni con una gran simpatía a veces. Una de las cosas que siempre tuve en cuenta ha sido una vieja máxima de Pablo Iglesias que decía que a los trabajadores había que decirles la verdad aunque no les gustara. Me ha parecido, de siempre, que en la política, el debate ha de tener carácter pedagógico y ha de basarse en un análisis tan realista de la situación como sea posible; que tiempo habrá luego para

introducir pasión, ideas, ideologías y posicionamientos a la hora de dar soluciones.

Hoy estoy aquí invitado por la Fundación Asturias y por la UGT de Asturias, y a ambas les agradezco la oportunidad para tratar sobre la situación de América Latina después del 11S. Me gustaría, antes de entrar en el asunto, hacer algunas consideraciones sobre lo que el 11S ha venido a representar para el mundo tanto desde el punto de vista político como económico. Las haré brevemente, pues les supongo a ustedes conocedores de los temas que se han venido tratando en estas jornadas y de muchas de las cosas que se han dicho (algunas de ellas, incluso con fundamento) en la prensa, al recordar el año que ha transcurrido desde aquella fatídica fecha.

Una cosa que sí merece la pena señalar desde el principio es que la visión que los norteamericanos tienen del 11S es bien distinta de la que tenemos aquí. Para nosotros, el 11S fue una fecha abominable, fue algo verdaderamente terrible. Cuando uno sigue viendo las imágenes de los atentados, todavía sienten estremecimiento. Pero Europa está constituida por países viejos, con una larga historia, sometidos a decenas, centenares, miles de muertes y asesinatos políticos, testigos de la brutalidad de dos guerras mundiales en su suelo...

Seguramente veremos el 11S como un acontecimiento extremadamente importante en el mundo pero nada más; como algo cuyo recuerdo, una vez se aleje, se irá borrando en el tiempo. Pues bien, no es así como los norteamericanos ven este suceso. Ellos observan que existe un antes y un después de estos hechos y están absolutamente persuadidos de que el 11S ha abierto, de hecho, una nueva situación mundial que tiene que desembocar en un nuevo orden mundial que, aunque no lo estén diciendo aquellos que más claramente lo favorecen ³/₄ los que solemos llamar en nuestro lenguaje europeo halcones de la política exterior norteamericana ³/₄ tiene muchos componentes de un orden imperial. Dicho de otro modo, a partir del 11S, los EE.UU., que habían perdido lo que había sido hasta entonces el objetivo de su política exterior ³/₄ la lucha contra el comunismo y el equilibrio, o la victoria a largo plazo sobre la antigua Unión

Soviética, han encontrado en el terrorismo y quienes lo respaldan, que son países no solamente islamistas ni sólo fundamentalistas dentro de los islámicos, sino también de otras muchas regiones, la razón de ser de su política exterior; la referencia en torno a la cual o el eje en torno al que debe vertebrarse la política exterior de lo que es un gran imperio. Y naturalmente han empezado por Afganistán, porque era evidente que los talibanes habían estado apoyando a Bin Laden y Al Qaeda y ese es el lugar directo contra el que ir; pero Afganistán no es sino el comienzo, con o sin el respaldo de la ONU.

Los EEUU decidirán el ataque a Irak no más tarde del próximo mes de noviembre (después de las elecciones) y si tiene éxito esta operación ³/₄ y es altamente probable que lo tenga, porque en la nueva estructura de fuerzas, China y Rusia han dado el sí a los EE.UU. y esto importa mucho más que una Europa dividida como la que nosotros representamos ³/₄ probablemente comenzarán a re-establecerse las piezas en Oriente Medio. Una victoria sobre Irak significaría una limitación enorme del fundamentalismo de la dinastía saudí; significaría un frenazo brutal a la capacidad de iniciativa de los países vecinos de Irak ³/₄ Irán y Siria ³/₄; y significaría seguramente un vuelco de fuerzas a favor de Israel y en contra de la Autoridad Palestina. Por tanto, estamos seguramente al inicio, desde el punto de vista político, de lo que los americanos llaman un nuevo orden mundial, que no querrán necesariamente llevar a cabo contra ninguno de sus antiguos aliados ni, ciertamente, si pueden evitarlo, al margen de la ONU, pero que estarán dispuestos a hacerlo, si es preciso, contra alguno, y también, si es preciso, al margen de las Naciones Unidas.

Este es el principal significado o consecuencia política del 11S. Nueva reordenación, revertebración, y un nuevo establecimiento de prioridades en la política americana, en un momento en que la capacidad de la defensa, la capacidad de la fuerza de los EE.UU. frente al resto del mundo es tan desproporcionada que sólo la autocontención podrá limitar su capacidad de hacer lo que quieran.

En este camino ha habido quien ha ganado mucho. Ha ganado la Rusia de Putin que estaba en una situación muy delicada y que, a través de su apoyo claro a la política americana en el caso de Afganistán, a través de la persuasión que introdujo sobre Kazajstan y Uzbekistán y otros países vecinos de Afganistán por el norte sobre los cuales tiene aún una gran influencia, consiguió que los demás países le permitieran manos libres en Chechenia y poner en marcha unos gigantescos proyectos de inversiones en el desarrollo del petróleo y del gas. Ganador claro ha sido China, además de tener las manos libres para actuar contra Xin-Kiang, provincia poblada por turcomanos islámicos, ha conseguido también entrar en la Organización Mundial del comercio y tener el respaldo de los EE.UU. en muchas otras iniciativas.

La relación con estas dos grandes potencias, que antes eran enemigas, más el buen hacer de la diplomacia norteamericana en la India, otra de las grandes potencias mundiales todavía en desarrollo, permite a los EE.UU. configurar una política internacional sin apenas el concurso de Europa, aunque compartamos con ellos una visión semejante del mundo y una axiología o un conjunto de valores (democracia, la libertad, la dignidad humana) que constituyen un acervo común. Pero esta Europa rica, pero dividida ¼Alemania dice que no respaldaría a EE.UU. contra Irak, pero Blair dice que sí y Aznar dice que todo lo que fuera menester¼ no les es estrictamente necesaria y en tanto en cuanto esto ocurra es preciso reconocer en Europa a una de las perdedoras en la crisis que ha seguido al 11S.

Y si alguien ha salido tremendamente perdedor, como veremos a continuación, es sin duda alguna América Latina.

Desde el punto de vista económico, ¿qué es lo que la crisis ha representado? Seguramente algo menos de lo que algunos se temían y algo más de lo que otros dicen ahora. Me acuerdo de que, hace casi un año, poco después de estos acontecimientos de los que estamos hablando, me solicitaron que expusiera en un ejercicio, un poco de futurología sobre qué podría pasar con la economía mundial después del 11S. Y yo señalé dos escenarios alternativos: el primero era que la guerra contra el

terrorismo de la que entonces empezaba a hablar Bush, no se definía claramente con un solo objetivo sino que llevaba a los EE.UU. a tratar de intervenir al mismo tiempo en muchos sitios además de en Afganistán; quizá en Sudán, con conexiones clarísimas con Al Qaeda; o quizá en otras partes como Filipinas donde de hecho han intervenido contra los moros, o en Indonesia.

Mi opinión era que ese escenario extremadamente peligroso ³/₄era³/₄ muy difícil de controlar por la coalición que se había creado en torno a los EE.UU. en la lucha contra el terrorismo si ésta se lleva de manera tan desordenada y con tantos frentes de batalla abiertos. Pero además, si al mismo tiempo pasaban todas estas cosas, la probabilidad de que los árabes represaliaran haciendo el boicot del petróleo y elevando sus precios haría que una combinación de un incremento en la incertidumbre internacional y en los precios del petróleo pudiera llevar a una recesión muy profunda. Sin embargo, decía, si hay un escenario alternativo, circunscribiéndose al ámbito de Afganistán, y allí se tiene éxito en relativamente poco tiempo, como fue el caso (la ofensiva de Afganistán duró unas pocas semanas), entonces lo más probable es que no tengamos problemas en los precios del petróleo, cortes en los suministros ni dificultades especiales en la economía mundial. Pese a esto siempre quedará la dosis de incertidumbre que produce un fenómeno de la magnitud del ataque terrorista del 11S.

Bien, esto es lo que yo creo que ha pasado fundamentalmente. Había algunos más optimistas que cuando vieron que las autoridades americanas reaccionaron ante el impacto del 11S aumentando muchísimo el gasto público y reduciendo los impuestos (con lo cual pasaron a las familias norteamericanas capacidad de compra para mantener el nivel de producción y de empleo alto) y con una reducción ulterior adicional de tipos de interés pensaron que muy rápidamente, en los primeros meses de este año, estarían ya en plena recuperación. Yo creo que esto siempre fue un exceso optimista y no se está cumpliendo y es una lástima que los que entonces fueron optimistas, al ver que no se está cumpliendo el futuro tal y como ellos lo tenían

previsto, ahora hayan pasado a ser los más pesimistas, vaticinando una clara desaceleración económica. Si los EEUU no crecen $\frac{3}{4}$ siendo como son el foco de todo el sistema $\frac{3}{4}$ sencillamente no es previsible, si es que alguna vez lo fue, que la economía mundial pueda crecer durante un tiempo prolongado de manera importante.

En esas condiciones, repito, los EE.UU. y la economía mundial van a seguir desarrollándose durante algún tiempo, y probablemente, aun cuando se produzca el evento que anticipo de una guerra con Irak, aun en ese caso, seguirá produciéndose una lenta recuperación económica. Episodios de insuficiente suministro de petróleo o de otras materias primas y cierta tendencia a subir los precios creo que serían cosas que no deberían de llegar a niveles dramáticos: Representarían dificultades adicionales, desviaciones de la inflación y, en la medida en que los salarios no reaccionan rápidamente, a lo mejor a pérdidas del poder de compra de los asalariados, pero no tendrían por qué ser particularmente grave.

Con este cambio de situación y en ese contexto, decía que América Latina ha tenido bastante que perder. Al cambiar los EE.UU. las prioridades de su política exterior (vertebración americana con el desarrollo del área de libre comercio y buen entendimiento con Méjico y los países de América del Sur), sencillamente la cooperación con América Latina se ha reducido. Están pensando en lo que están pensando, esto es, en la guerra contra el terrorismo, la intervención en Irak y quizá la intervención en otros lugares.

Por raro que parezca, ha sido malo para América Latina, a pesar de que Bush había encabezado una de las administraciones más sensibles a los problemas tanto de la inmigración como de las economías latinoamericanas (quizá esto heredado de su padre o por el hecho de que los dos hermanos Bush habían sido gobernadores en Florida y Tejas, dos estados con un componente hispano muy importante).

Pero, además, mucho estos países han padecido directamente el debilitamiento de la economía mundial. Primero de la econo-

mía norteamericana. Hay países como Méjico o los países de América Central y el Caribe, particularmente la República Dominicana, El Salvador, Honduras... que dependen en el 80-85% de sus exportaciones del mercado norteamericano y están produciendo menos porque hay unos niveles de consumo menores. Al dejar de producir y, en consecuencia, dejar de exportar, el desempleo crece muy rápidamente. El caso de Méjico es paradigmático: antes de empezar la desaceleración norteamericana, Méjico estaba creciendo a tasas del 7% anual, en términos reales; el año pasado ya estaba decreciendo alrededor del 1% y este año se constatará un crecimiento del 1% o 1.5% como máximo. Por lo tanto, algunos países han notado directamente los efectos de la desaceleración. Otros países, como Brasil, Argentina o Chile, en los que el mercado americano no tiene una incidencia tan enorme, no ven mermadas excesivamente sus exportaciones, aunque notan los efectos de tal desaceleración por sus relaciones comerciales importantes con otros entornos, como Europa, o el Este de Asia.

Asimismo, una cosa que ha venido a perjudicar enormemente a Latinoamérica ha sido el aumento de la aversión al riesgo. Siempre que aumenta la incertidumbre, siempre que la gente tiene miedo de que las cosas pueden desembocar en un conflicto armado que puede llevar a situaciones en que las inversiones valgan menos o puedan llevar a quiebras financieras. La gente no quiere invertir: prefiere dejar su dinero en forma líquida y segura. En eso consiste lo que los economistas llaman aversión al riesgo. Esta aversión al riesgo ha sido generalizada; lo hemos visto en muchos países donde las bolsas están cayendo. Y caen porque la gente no desea tener valores de bolsa y comienza a vender sin que nadie, por otro lado, quiera comprar. Y cuando hay más gente que quiere vender que aquella que quiere comprar, generalmente el precio baja y esto es lo que está pasando. Además, en países como los latinoamericanos, que dependen en gran medida para su desarrollo económico de las entradas de capitales extranjeros y que representan economías y situaciones mucho más inciertas que las de España, Inglaterra, Alemania, Canadá o los EE.UU., cuando aumenta la aversión al riesgo es como si les cerraran el grifo y,

en consecuencia, pueden pasar por condiciones tan difíciles como las que está atravesando en estos momentos Argentina, o como lo que está pasando en Brasil, dentro de las discusiones y expectativas sobre si va a ganar un socialdemócrata como Lula o va a ganar algún representante de la derecha brasileña.

Cada vez que se producen estos acontecimientos de aversión al riesgo (la última vez importante fue cuando Rusia se negó a pagar la deuda en 1998), aunque los acontecimientos pasen en ámbitos geográficos muy lejanos, o políticamente distantes, Latinoamérica suele ser uno de los mayores paganos, cortando allí sus aportaciones de dinero la gente temerosa del riesgo.

Y finalmente, una cosa que ha venido a coincidir con todo esto ³/₄ reforzado por los acontecimientos del 11S y la incertidumbre subsiguiente ³/₄ ha sido la nueva actitud de las autoridades americanas, por un lado, y de las del Fondo Monetario Internacional, por otro, frente a las crisis.

Antes, la cuestión era que cuando existía una crisis como la de Argentina, con problemas de devaluación, con problemas con las entidades financieras, con problemas en la solvencia del sistema, etc., el FMI entraba en una fase de negociación y, al cabo de un tiempo, proporcionaba una ayuda, una serie de créditos, generalmente condicionados a que en esos países se hicieran unas políticas económicas que el FMI consideraba adecuadas, y que los países suscribían libremente (no tenían otra alternativa, si querían obtener el dinero).

Pues bien, esa actitud, esa filosofía se ha modificado muy claramente y la nueva visión de la administración republicana de Bush, y la imperante en el FMI es que no hay que entrar a ayudar a aquellos que se han buscado los problemas por ellos mismos. Consecuentemente, esto está perjudicando enormemente la posibilidad de encontrar una salida en Argentina, a lo que contribuye con entusiasmo y ardor los propios políticos argentinos. De igual modo, este cambio de actitud está haciendo muy difícil el mantenimiento de unas elecciones, sin presio-

nes, en Brasil y, en general, está cubriendo de incertidumbre el futuro de la inversión en Latinoamérica.

Por todo ello, creo que se puede decir que después del 11S América Latina ha salido claramente perjudicada; pero los principales problemas de aquel continente $\frac{3}{4}$, no son los que derivan, de la fase cíclica por la que está pasando la economía mundial a menos en mi opinión. Como siempre suele ocurrir, "a perro flaco..."; y generalmente allí donde los países muestran menos fortaleza política, económica, menos fuerza institucional, es mucho más fácil que se propaguen las enfermedades internacionales, sea la hiperinflación, o la desaceleración y el decrecimiento económico. Pero dejando esta obviedad al margen, lo cierto es que una gran parte de los problemas de esta región tienen su raíz, su explicación y su posible solución futura en la propia Latinoamérica. Por mucho que muchas de estas economías dependan casi siempre de unos pocos productos (cobre en Chile, petróleo en Venezuela), y contando con ciertas debilidades innegables, la verdad es que si uno contempla con perspectiva y con cierta frialdad los problemas latinoamericanos, observa que una parte importante de los mismos reside en las propias características de aquellos países.

Uno de estos problemas es el fracaso que ha tenido Latinoamérica en el desarrollo. En los últimos 20 años, la renta per capita de los países latinoamericanos apenas ha crecido, y en algunos, desgraciadamente, incluso ha disminuido. En un mundo globalizado como el que vivimos, eso tiene mucho que ver con la capacidad de competir. No hace mucho la Universidad de Harvard elaboró un informe sobre la competitividad global. Los datos se referían a 75 países (casi todos los del mundo, si excluimos a todos los minipaíses, que constituyen casi más de la mitad de los 190 que existen). Pues bien, cuando se analizó, a través de una serie de indicadores, qué países eran los más competitivos y, por tanto, con capacidad de crecimiento en el futuro, sólo Chile, en el puesto 27, estaba entre los 30 primeros. De los quince países menos capaces de competir, nueve son de Sudamérica o Centroamérica. El estudio,

por otra parte, demostraba que esto era así por cuanto en esos países se estaba gastando poco en educación y casi nada en innovación e investigación.

En segundo lugar, el estudio llama la atención sobre el hecho de que, frente a otros países $\frac{3}{4}$ particularmente los asiáticos $\frac{3}{4}$ que tienen una enorme capacidad para absorber las nuevas tecnologías y aprenden a utilizarlas rápidamente, en muchos países latinoamericanos la dificultad, e incluso el rechazo, respecto de las nuevas tecnologías es importante.

En tercer lugar, el estudio demuestra que, aunque estos países en los veinte últimos años han ido abriéndose al mundo y por tanto aceptando la competencia como la única manera de aprender a hacer las cosas mejor que como uno las hacía tradicionalmente, sin embargo, sus niveles de apertura siguen siendo en líneas generales relativamente bajos, con excepciones como el caso de Méjico.

Sin embargo, yo pondría el énfasis, mucho más que en esta debilidad para el crecimiento, en dos aspectos que son cruciales para que estos países resuelvan los problemas de crecimiento, los problemas de democracia, de convivencia democrática y los problemas nacionales en el sentido de construir una nación digna de ese nombre con una cierta estrategia autónoma.

El primero de ellos es la debilidad de las instituciones. Estos países se caracterizan por la existencia de procesos judiciales donde todo el mundo está desacreditado: los jueces se pueden comprar, los fiscales se pueden pagar, los abogados no son fiables; un juicio puede existir o no existir en función de quien mande en cada momento. Hoy día (desconozco si ustedes siguen con asiduidad las noticias de Argentina) el ejecutivo argentino ha decidido que el parlamento juzgue a los componentes de la Corte Suprema $\frac{3}{4}$ lo que sería aquí una mezcla entre el Tribunal Supremo y el Tribunal Constitucional $\frac{3}{4}$. El legislativo los puede cambiar si son condenados por corrupción. Todo el mundo sabe que la mayoría de ellos $\frac{3}{4}$ nombrados por Menem en su día $\frac{3}{4}$ son corruptos. A su vez, los jueces repre-

salian al ejecutivo declarando inconstitucional determinadas medidas económicas y, al hacerlo, hundan aún más la economía del país. La razón última de este proceder de los jueces no es porque tengan una idea clara sobre la preeminencia de la Constitución sobre cualquier otra cosa, incluso en situaciones de emergencia: es sencillamente porque si hundan al ejecutivo, éste no se atreverá a seguir con el juicio paralelo contra ellos en el Parlamento.

La debilidad institucional se muestra también en la escuela pública. Allí donde hubo, en algún tiempo, una identificación del espíritu y las virtudes republicanas con la escuela pública democrática, como pasó en muchos lugares de América Latina, y de manera muy particular en Argentina y Uruguay, esto poco a poco se ha ido deteriorando y por tanto la escuela de formación de ciudadanos, la escuela que va a garantizar un mínimo de formación a quien carece de medios está fracasando, contribuyendo con ello a la debilidad de los países.

Asimismo, todo el sistema de contratación de obra pública, de contratación de suministros por parte de las autoridades públicas a nivel local, regional o estatal, de concesión de permisos para cualquier tipo de actividad económica o de licencias, ya sean de exportación o de importación u otras, está sometido a corrupción en unas proporciones absolutamente impresionantes, por desgracia.

Cuando se tiene este marco institucional, realmente es muy difícil que una economía funcione. Yo he sido siempre un socialista liberal, pero nunca de los que creían que el mercado resuelve todos los problemas. El mercado no es nada si no tiene una regulación de Estado, si no tiene una legitimación a través de la política social que compense muchas de las cosas que provienen del propio mercado, si no tiene una supervisión permanente. Si no tuviéramos nada de todo eso, ni tendríamos seguro de jubilación ³/₄ porque nunca habría sido coercitivo y el mercado nunca lo hubiera producido de manera universal para todos los españoles³/₄, ni habríamos garantizado el acceso a la escuela pública de todo el mundo. El mercado existe y funciona bien cuando las instituciones que no son de mercado y que tienen

que ver con la vertebración de una sociedad funcionan; y cuando éstas no funcionan, el mercado tampoco.

El Banco Mundial elaboró una serie de indicadores para medir la interrelación entre éstos y el desarrollo económico y social. Estos son los indicadores fundamentales:

1. Libertad de expresión.
2. Estabilidad política y ausencia de violencia.
3. Regulación burocrática.
4. Cumplimiento de las leyes y ausencia de corrupción.
5. Independencia y efectividad del poder judicial.

Pues bien, en la ordenación de países en función del cumplimiento de estos criterios nos encontramos que tan sólo con relación al primero de ellos, libertad de expresión, ocupan los países de Latinoamérica un lugar digno. En todos los demás casos están la mayoría de ellos en los últimos lugares con la excepción frecuente de Chile que está siempre dentro de los primeros treinta países del mundo en la ordenación correspondiente.

En particular y respecto a la independencia del poder judicial de la presión de los políticos y, sobre todo, del gobierno, sólo Uruguay $\frac{3}{4}$ en el puesto $27\frac{3}{4}$ y Costa Rica $\frac{3}{4}29\frac{3}{4}$ están dentro de los treinta primeros países. Argentina está en el puesto 66, Bolivia en el puesto 74 (de 75), Ecuador en el 72, Honduras en el 73, Nicaragua en el 71 y Paraguay en el 68.

En cuanto a la capacidad de recurrir contra el gobierno en una corte judicial y ganar, ni uno solo de los países de América Latina está dentro de los 30 primeros. Otro tanto ocurre en cuanto a la efectividad de la policía para perseguir el crimen, en relación con la protección de la propiedad intelectual o en la infrecuencia del pago de sobornos.

Es cierto que algo se está cambiando, pero en general estamos hablando de un mundo en el que las instituciones son débiles y no está depurado el cumplimiento de la ley. Están desacreditadas las instituciones y entre ellas, tal vez en primer lugar, los partidos políticos, lo cual es un drama en una región donde la democracia ha sido la excepción más que la regla y donde no hemos sido capaces España pocas lecciones tiene que dar en esta materia a otros, ya que nuestra historia es tan atormentada como la de estos países de intervenir.

El grado de descrédito de los partidos políticos en estos países es tremendo. Eso lo estarán leyendo ustedes todos los días en el caso de Argentina; lo es en cierta medida en caso de Uruguay; lo ha sido y lo sigue siendo, en Perú o Venezuela por no hablar sino de los casos más preclaros. Pero como consecuencia de este descrédito de los partidos políticos, existe en estos momentos en toda la región un auge del populismo verdaderamente inquietante. Porque el populismo en todas y cada una de las ocasiones ha llevado a situaciones demagógicas que acaban en condiciones económicas terribles, sobre todo para las capas más pobres de la población.

Junto a ello nos encontramos con que la distribución de la renta y de la riqueza es, por comparación a Europa, lacerante; la diferencia entre ricos y pobres en lugares como Brasil, Méjico, Guatemala... es sencillamente inimaginable para un español. El más rico de los ricos de aquí no es ni la mitad de la mitad de rico que los ricos de allí; y, por el contrario, el grado de pobreza aun es difícil de describir: es la pobreza por debajo de un dólar diario, la pobreza en lugares donde no llega la cultura ni las posibilidades de desarrollo; donde no existe una cobertura social, donde no existen programas sociales, donde no existe agua ni saneamiento; donde no existe prácticamente nada. Esta sociedad, en estas condiciones, en tanto no es capaz de ir creando una estructura social de apoyo, de solidaridad y de cohesión va a tener enormes dificultades para avanzar por el camino de la globalización. No le va a hacer fácil porque los países no son competitivos, ni tienen instituciones fuertes; pero al mismo tiempo no van a poder hacerlo con legitimidad si no

son capaces de resolver suficientemente la lucha contra la pobreza ni limitar hasta unos niveles medianamente tolerables la injusticia de la distribución de la renta y de la riqueza dentro de ellos mismos.

A ello finalmente hay que añadir la inestabilidad macroeconómica. Son países, como Méjico, que son capaces de pasar de crecer un 7% un año a decrecer un 2% al año siguiente. En esas situaciones de inestabilidad, la verdad es que no es fácil resolver lo que alguno ha llamado el trilema de la globalización. ¿En qué consiste esto? Por un lado, creemos que si la globalización se hace bien y el país se abre al mundo adecuadamente, puede obtener muchos beneficios al ser cada vez más globalizado y más internacional. Por otro lado, se quiere que las decisiones se tomen democráticamente, por los mismos ciudadanos o por sus representantes legítimos, no simplemente porque los mercados lo exijan o los gobiernos lo impongan, sino fruto del debate democrático. Finalmente, todo ello se ha de producir en un momento en que la globalización va restando crecientemente competencias y capacidad de maniobra al estado nacional ³ porque muchas de las variables de la economía y otras ya existentes en nuestras sociedades ya no dependen tanto de la voluntad y la capacidad de control de los poderes públicos, sino de lo que pasa fuera de ellos ³; la globalización, por tanto, está reduciendo la capacidad del Estado que, por otro lado puede verse reducida, como es el caso de España, por la transferencia de poder a los niveles regionales (comunidades autónomas).

Entre las ventajas de la globalización (que las tiene) está el acceso por primera vez a través de Internet y de otros sistemas de comunicaciones modernas de todo el mundo a todas las fuentes del conocimiento. No de todo el mundo por igual, porque no todo el mundo podrá gastarse el mismo dinero ni estará igualmente equipado. Pero quien pueda, podrá acceder, cosa que antes era sencillamente imposible; y ello va a representar la apertura de los mercados, o lo que podría representar ³ si fueran capaces de plantearlo seriamente ³ un aumento mucho mayor de los flujos de la emigración entre unos países y otros.

Todo esto, tiene unas potencialidades de futuro, de crecimiento económico y de desarrollo planetario absolutamente inimaginable hace tan sólo veinte años y, desde luego, mucho menos hace un siglo.

Pero todo esto se produce en unos mercados tremendamente irregulares, con fuertes entradas y salidas de capital que hacen muy vulnerables a las sociedades del Tercer Mundo y, en particular, a aquellas en las que estoy fijando mi atención hoy, las de América Latina. Y eso entra en conflicto con lo que puedan ser los deseos de la mayoría a través de instituciones democráticas; y cuando no hay resultados, se puede llegar al descrédito de los partidos políticos y, como consecuencia, a la aparición ³/₄ en ese vacío que van dejando ³/₄ de alternativas populistas, estilo Chavez.

Por otra parte, ¿cómo hacer que sea posible compatibilizar las ventajas de la globalización con el desarrollo de una política nacional propia?. Este, ciertamente, es nuestro desafío. Una solución sería un federalismo creciente, es decir, que la globalización económica se encontrara con una globalización política, y que así como los mercados nacionales llegan a ser mercados eficientes porque existe una capacidad regulatoria y política nacionales que los crea, regula y legitimiza, así también pudiéramos contar, a nivel mundial, con algo semejante. Esa podía ser una solución, pero si me preguntan si esa es la solución, debo decirles que seguramente no, porque no es práctica. Ojalá la gente pudiera ir siendo cada vez más federalista, que pudiera llegarse a ello, por ejemplo, sin dejar de ser españoles, sin dejar de ser asturianos..., pero en todo caso no va a haber una alternativa de esta naturaleza que esté al alcance ni de América Latina, ni de España, ni de todos nosotros seguramente en el próximo cuarto de siglo, ni probablemente en todo lo que quede de este siglo XXI.

Si no es así, si esta no es una solución para conciliar este trilema al que me refería antes, entonces tendremos que replantearnos algunas de las cuestiones de la globalización, sin olvidarnos de que la globalización, en principio, como ha demostrado la apertura económica en muchos países en el pasado, es en

general beneficiosa, pero tomando en consideración que hay otros principios como la diversidad de las instituciones, el derecho de cada pueblo a elegir su destino y el derecho de cada ciudadano a que su destino colectivo se decida de manera democrática, con absoluto respeto a los derechos humanos, que están, obviamente, por encima de la globalización.

Yo querría creer que en los próximos años iremos siendo capaces de concebir procedimientos, fórmulas de globalización, más inteligentes que los que hemos tenido hasta ahora y que las beneficiarias de ellos pudieran ser las naciones de América Latina, porque ciertamente sus gentes, que han sufrido mucho, que todavía están teniendo que padecer, con frecuencia, niveles de vida muy bajos, niveles educativos y culturales muy bajos bien merecido se tienen alcanzar mejores formas de vida para el futuro.

Carlos Solchaga Catalán
Consultor internacional.
Ex ministro de Economía y Hacienda



En la actualidad:

Consultor Internacional (Solchaga Recio & asociados) en distintos países desde 1995.

Presidente de las empresas: Agencia de Información de Noticias Económicas y Estructura (Editora del periódico cinco días); ambas del Grupo PRISA S.A., DESDE EL AÑO 2000.

Carrera política:

Puestos electivos:

Diputado al congreso por la provincia de Álava (1980-1982).

Diputado al congreso por la provincia de Navarra (1982-1994).

Puestos Ejecutivos:

Consejero de Comercio del Consejo General Vasco (1979-1980).

Ministro de Industria y Energía de España (1982-1985).

Ministro de Economía y Hacienda de España (1985-1993).

Otros puestos:

Presidente del Comité Interino del fondo Monetario Internacional (1991-1993).

Presidente del Grupo Parlamentario Socialista en el Congreso de los Diputados y en el Senado de España (1993-1994).

Otras actividades:

Conferencias y publicaciones periódicas de divulgación.

Autor del libro "El final de la Edad Dorada", Ediciones Taurus, Madrid 1997.

Miembro del Steering Committee de "Eurogroup 50"

Miembro del Carnegie Economic Reform Network

Miembro del Patronato del "Advisory Board" de Fitch